

ALONE Y EL SOBREMUNDO DE CIERTA POESIA*

Discurso de incorporación de
DÑA. ROSA CRUCHAGA DE WALKER

I

Gracias en mi nombre y en el de aquellas escritoras que aquí deberían estar en mi lugar. Sé que ustedes han roto una tradición y precisamente por haberlo hecho me siento a ustedes obligada por razones de responsabilidad y humildad al mismo tiempo. Que así se tome mi entrada en la Academia Chilena de la Lengua. Ruego a Dios que este honor y esta responsabilidad sean más significativos que la mera inclusión de una palabra en las tres columnas de un diccionario. Querría que mi trabajo—en esta Academia—tuviera las características de una doméstica labor: es decir, que sea un servicio constante y minucioso que propicie entre nosotros la comunicación familiar, social, teológica.

Y especialmente agradezco a los que fueron mis maestros en universidades y talleres literarios. A sabiendas de mis limitaciones y posibilidades, me llamaron a colaborar en esta institución, avalada por sus nombres y por la memoria de ausentes inolvidables. De ustedes, señores académicos y maestros, aprendí mucho más que en las historias de la literatura y en teorías estéticas. Ustedes me enseñaron el afecto por la obra ajena y la consideración de las circunstancias que constituyeron la vida de sus autores. Esto es, además de humanismo, me enseñaron humanidad. Esa pedagogía que entregaron a esta vieja alumna, fue sabia y paciente. Gracias a aquella aprendí, por ejemplo, la locura ejemplar del Quijote, la difícil convivencia de los Kruger y los Karamasov, las cartas de los Conquistadores y los recados sufridos y sufrientes de Gabriela Mistral, los peligros del Buen Amor, los milagros de Nuestra Señora, el gran teatro de este mundo, y la comedia humana y la comedia divina. Ah: y aprendí, además el soneto. Aunque jamás el vuelo de esa específica pluma.

También admiré a otro profesor. Sin que él lo advirtiera me enseñó. Sólo creo haberlo visto un par de veces en mi vida. Era alto y callado. Tenía perfil de navaja (o si ustedes quieren, perfil de mohai que mira al horizon-

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua. Leído el 26 de noviembre de 1984.

te). Caminaba siempre pegado al muro, la cabeza erguida, gafas oscuras, mirando adelante como si escabullera, o quisiera pasar desapercibido (o inadvertido, que se decía y ahora lo "permite" decir la Academia).

Llegó a mi casa hace ya, creo, veinte años, acompañado de un amigo suyo y pariente mío. Llegaron en un minúsculo coche amarillo, auto que se sentó a esperarlos frente a mi puerta, como un pequinés amaestrado. El caballero apenas articuló palabra durante aquella visita. Pero asintió reiterativamente cuando mi pariente le explicó que yo era poetisa. Recuerdo que ese gesto afirmativo no lo interpreté como, "un por supuesto. Ella es conocida...", sino como una contenida impaciencia. Como si dijera: "otra más". En mis brazos lloraba agudamente una criatura, por más que yo procuraba calmarla. Entonces él observó: "Parece que es una niñita...". Para confirmar su acierto respondí: "Sí, ¿no ve que tiene aretes en las orejas?". Ante tan científico argumento jamás nos habríamos imaginado, él y yo, que yo le sucedería como miembro de número en la Academia Chilena de la Lengua.

Su discurso de ingreso en la Academia está íntegramente dedicado a su antecesor, Miguel Cruchaga Tocornal, al cual se le apodó el Palomo por sus gestiones pacificadoras entre varios estados europeos y americanos. Alone, Hernán Díaz Arrieta, explica que esta dedicación suya a don Miguel se debe a que éste murió sin descendencia. Pero aunque yo intente hacer su apología, la de Alone, es él quien me favorece al haberme antecedido, aunque de manera involuntaria. Tal vez hasta me libre del olvido ese maestro longevo de tan vitalicia institución. Para ligarlo todo, como una reacción en cadena, pero de las positivas, en cierto libro mío escribí este soneto. Y pienso que sin quererlo puedo haber interpretado aquel deseo de Alone, ahora que lo leo para ustedes. *El viejo comensal*, así se llama el soneto. Está dedicado al Palomo Cruchaga, a ese invariable invitado de todos los almuerzos sabatinos en casa de mis padres.

No sé si dio burbujas cuando hervía.

Yo vi una gota seca en su mirada.

Pensábamos: "Qué mal va su atorada
tos". Y él carraspeando desmentía.

Masticaba lloroso y parecía

una tetera humeante y apagada.

Con algo de sollozo y carcajada

y de sartén quemando su alegría.

Se lo llevaron mozos de una empresa.

En su fuente tapada yo leía

la inicial de su pie o de su cabeza.

El mantel quedó tibio y el sol fuera

parecía repleto y que dijera

"su muerte fue una amable sobremesa".

De *Alone* tengo un libro predilecto *Aprender a escribir*. Un feliz hibridaje entre ensayos de estética, filosofía y sicología, con buena dosis de poesía, de narración costumbrista salonesca y asomos de teatro. Concuerdo plenamente con sus palabras: "para aprender a escribir no hay que buscar maestros sino alumnos". Y al pensar en ustedes, queridos maestros, corroboro la validez de aquellas palabras. Tal vez sin mi intervención de alumna empecinada no habría sido necesario tanto talento artístico y pedagógico y ustedes no serían todo lo que son. Y no habría *ínsulas radiantes, plenitudes del límite, rutas del Cid, islas de bienaventurados, autopsias del Quijote*, y ni siquiera *destierros y tinieblas*. Cuánta gratitud tienen ustedes que tenerme.

Tenía razón, *Alone* y más que nunca hoy la tiene. Aunque haya sido el *pretérito imperfecto*. Y mucho más el mío que el suyo. ¿Decir algo más que lo que de él se ha dicho póstumamente? "Sin su pluma nuestra historia literaria habría sido otra". "Sobrepasó en logros estéticos hasta a las obras artísticas que él más encomió". "Fue ejemplo de consagración a las tareas del espíritu". "El más indiscutible de los premios nacionales". "Encontró todos los honores sin buscarlos". "Fue sincero; puntualizó que no existen reglas netamente objetivas para una crítica literaria". "Fue humilde: cuando desconoció un valor en un momento, reconocía luego el haber estado errado". Su seudónimo no sólo se traducía como "solitario" sino como "el único". "Gustaba estar solo: siempre que hubiese alguien cerca, a quien decírselo". "Se educó en el seminario, profesó el escepticismo y murió como cristiano fervoroso".

Ha quedado inédito un diario íntimo suyo, que él obsequió a su amigo Oscar Boza. El me dejó ver uno de sus capítulos. En esas páginas escritas el día de su octogésimo cumpleaños, clama por saber escribir con concisión y belleza. Hay, en ese texto, entrelíneas de angustiosa ansiedad, como si del logro de una perfección estilística dependiera su única forma de trascender, de no desaparecer aniquilado por la muerte. Y cuán injustamente sufrió, pienso ahora. Ahora, que en el balance postrero de su obra se afirma que fue el chileno que mejor se expresó en prosa hasta el momento.

En el mismo manuscrito, con esa su letra estoica y aguda, como su figura, vemos que se autojuzgó en su vejez como un ser innecesario. En su larga vida, agrega, no habría hecho camino al andar, ni habría inspirado afectos ni reconocimientos. Se lamenta de haber nacido, y ni siquiera reconoce la importancia de su perspicacia crítica, esa que —todos lo reconocen— detectó el valor de nuestros principales poetas y novelistas. Ya en aquel libro que amo expresa la validez de la variación, del cambio expresivo, y en estos escritos últimos avala, con igual nitidez y profundidad que en ese texto, todo lo contrario. En aquel libro justifica los árboles por sus frutos, justifica las tortuosas existencias de los grandes letrados por sus obras geniales; y en estas páginas inéditas, al descalificar sus creaciones críticas, desaprueba su propia vida, decisiva en nuestra cultura literaria. "Una cosa hay superior a la belleza, el cambio", había escrito. Y ahora, al

referirse a su propia ancianidad, en su texto póstumo, defiende el hábito, la costumbre, el itinerario de rutina. No quiere conocer más gente, ni nuevas voces, ni otros espacios, ni muebles que los de su viejo cuarto. Toda alteración implica ahora peligro, y pide piedad para su hierática soledad. Lo que para los jóvenes son "mañas de los viejos", para el *Alone* de 80 años, aún escéptico en lo religioso, significa el modo de perpetuarse, la única seguridad momentánea, la única fe al alcance de su mano.

Más adelante se lamenta de no haber alzado su vista de los libros: hacia lo único permanente e inamovible, hacia la suprema claridad, que ha de ser inefable. Según él mismo confiesa, su agnosticismo se nutrió en Renán y Anatole France.

Cuenta cómo Renán se quejaba de haber dedicado su vida a estudiar los orígenes del cristianismo para llegar a las mismísima "conclusión que puede formular un muchacho sin estudiar ni saber nada". Es decir, que "no cualquiera tiene derecho de negar los dogmas de la religión, ya que éstos se sustentan en la fe". En los apuntes aludidos se anuncia su secuencial y lenta vuelta al cristianismo. Pero a partir de una involución psicológica, rehuyendo charlas y sorpresas, desiste de querer escribir perfectamente en esta vida, y espera lograrlo "en una próxima reencarnación". Su creencia en la sucesión de vidas la percibimos en su obra anterior, *La sombra inquieta*.

Era la apología a una fina mujer que profesó un contagioso sincretismo romano-tibetano. En su belleza parecía personificarse una brahamánica casta superior. Curiosamente, *Alone* no admitió cambios en el terreno en que los varones apetecen más variaciones, es decir, en los planos sentimentales, senti-mentales y sentimetálicos. Fue fiel más allá de la muerte de ella, y aún después de que esa sombra inquieta halló el descanso personal, luego de tantas divagaciones transmigrantes. El amor platónico de este maestro debió apoyarse en la afirmación de Saint-Beuve, a quien tanto admiró: "Una vida de ordenada moral nos procura satisfacción en las soledades". Aunque esta afirmación ética del crítico francés podría haber sido objetada por la esposa de Victor Hugo, como testigo y cómplice... En su juventud *Alone* confesaba que el paraíso, para él, lo constituía un sillón, un silencio absoluto e innumerables libros. Quizá esa concepción del Edén neutralizó en él el atractivo ejercido por aquella inquieta *Shade*, y proporcionó así la meditación para su conversión definitiva. *Alone*, el solitario o el único. *Shade*, es decir, la oscuridad ¿Qué habría dicho Jung de esta oscuridad y de la sombra que proyectaban Hernán Díaz Arrieta y Mariana Cox de Stüven?

Sus contradicciones. Sus aparentes contradicciones. Leo allí, en *Aprender a escribir*: "Necesito saber con precisión lo que pienso, lo que tengo que decir y entonces escoger lo que pondré al principio y lo que pondré al final". Pero a continuación agrega: "Nunca un hombre ha compuesto un hermoso poema porque se sujetó, al componerlo, a cierto molde y cumplió tales reglas". Y luego: "No hay novelas grandes que sean la realización de unas leyes". Chispa y mordacidad, entre su filo, entre el ingenio acusador y

el tino respetuoso. Al referirse a un tedioso burgués expresa: "Era ordenado, arreglado, con mucho sentido común, de una razón a toda prueba y un criterio infalible. ¡Ah las malditas cualidades! Desde entonces", agrega, "los odio. ¡Vengan locos, vengan pillos, vengan extravagantes peligrosos...!". No nos da el nombre del grisáceo funcionario. Así salva su lengua y los lectores quedamos en peligro de identificarlo, centuplicadamente, en todos los imprescindibles e insoportables mesurados que conocemos. En otra parte de la misma obra resalta una doble paradoja. Una que conocemos atañe a la irreverencia y al fervor religioso. La otra a la anarquía y a la sumisión cívica. En ambos casos, el tema es el del Día del Juicio. "Cuando se despierten los ángeles que dormían, a imagen de los gendarmes, el mentón sobre sus guantes de ordenanza. Cuando Dios Padre, con su augusta barba blanca, como lo pintan bajo las cúpulas, los ordenanzas, me interrogue: Ah, Señor, contestaré: "Yo sólo he visto *un* golpe de Estado..."

Su paradójica posición se evidencia en este solitario, cuando más arriba clama por "innumerables libros", a la par que afirma: "Hay que cuidarse de los libros como de las personas. No entregar nuestra amistad a cualquiera". Y luego: "Como no es bueno que el hombre esté solo, el artista apasionado elige un objeto, una mujer, un tema". "No he sufrido la deformación personal del pedagogo ni podría tener su seguridad dogmática". Lo cual se convierte en una dogmática defensa de la duda. Entre *Alone* y yo hay, claro está, diferencias calificativas, pero existió una afinidad que es cuantitativa. Tanto él como yo sentimos una invencible aversión por los números. Su amigo Oscar Boza me contó las dificultades que tenía cuando se trataba de cobros domésticos y cuentas bancarias. Cuántos cheques inutilicé yo, cheques que ostentaban, esquinadas, pancartas que decían "nulo" o "devuelto". Lo cual se debía a un extraño hábito que consiste en poner el monto pagable en el sitio indicado para escribir la fecha y al revés. O a otro no menos extraño hábito: extender el cheque a la orden del autor que en ese momento yo leía. En cierta ocasión extendí un cheque a nombre de Rainier María Rilke, y no borré ni "a la orden de" ni "al portador". El cheque fue pagado.

De estas circunstancias bancarias surgió naturalmente mi poema *El número*:

Tuve una libreta y la perdí

Recuerdo un número que no recuerdo

si era del carné de antes de expatriarme
o si era del pasaporte de regreso.

O el tintineo de tal lluvia, de tal día,
de tal invierno.

Suele escapárseme, y preguntan:

"Qué dices". "Un número", respondo, "sólo un número huérfano".

Y abro el balcón para que oigan
cómo está lloviendo.

A veces, frívola,
lo marco al teléfono.
Y la mujer que dice: "equivocado"
me da miedo.

No estaba en la libreta que perdí
sino en la que no encuentro.
Abro el balcón para exclamar:
"¡Padre! ¡Ochocientos treintaiséis mil cuatrocientos!".

II

Mi primer encuentro oficial con las letras ocurrió a los 28 años, a esa misma edad en que Alone ya caminaba en busca del tiempo perdido. Y a la misma edad en que el Palomo, el Cucho y el León (ustedes podrán adivinar de qué Cucho y de qué León se trata); a la misma edad, repito, en que ellos, de manera amistosa, paseaban por la entonces edénica Alameda de las Delicias, como antes del pecado original y de los pecados capitales. Mi tardío nacimiento (el literario se entiende) no fue bien recibido: fue criticado en el ambiente. No creo en esto, en el mal recibimiento, ser muy original. Pero así fue. Ni resultó fácil. Requerí de varias intervenciones de especialistas. Esto, por razones cronológicas, y no por el tamaño lírico de la criatura o de las criaturas endecasilábicas que después vinieron. A esa edad, con tres hijos y estudios aún pendientes de las llamadas humanidades, las lecturas por placer, por el puro gusto de leer (que es embarcarse en una fragata, como diría la Dickinson), fueron sustituidas por las que son obligatorias a quien intenta escribir y aportar o enriquecer; no meramente agregar. Primero, lecturas desabridas, inodoras, insípidas para un paladar mental no habituado a reflexión y análisis sino a la golosina escapista. Para esquivar al mito de Sísifo (lavar y ordenar lo que mañana amanecerá sucio y fuera de sitio) me refugiaba en la ficción de otros países y otros tiempos. Las biografías de los monarcas y las crónicas de viaje fueron mis bastones para caminar, ir y venir, entre una y otra faena doméstica.

En el verano de 1958, cuando vivíamos en Concepción, cambié de bastón o, si ustedes quieren, de muletas: de muletas literarias, por supuesto, y no las tauromáquicas. Gabriela Mistral, Lorca, Unamuno y Rilke reemplazaron al padre Coloma, a las asesinadas Estuardos, Feodorovnas, Antonietas y Bolenas. En el Encuentro de Escritores de ese año me asomé con la ansiedad del niño que va al zoo por primera vez. Cuántos especímenes antagónicos y qué voraces si no hubieran sido reprimidos por las jaulas de la buena educación. En esas sesiones de ese Encuentro vi casi todo lo que conocería en mi vida en materia de ingenio, de osadía, de peligrosa reserva, de hipocresía. Y, claro está, de vanidad. Había escritores chilenos y extranjeros. De todas las tendencias, posturas y costuras. Hacía de anfitrión el afectuoso, el desvalido Alfredo Lefebvre. Iba y venía por pasillos y parques y salas como un hilo vibrante, conductor y pacificador. Como observadora

de retaguardia trataba yo de asimilar todos esos diversos y hasta opuestos valores. De allí surgió mi primer libro.

Desde 1960 a 1967, nuestra vida familiar marchó sobre ruedas. Ruedas de ferrocarriles, ruedas de buses urbanos e interurbanos, ruedas de aviones que despegaban y, por fortuna, aterrizaban. Me desplacé vertiginosamente de unas clases de religión a los talleres literarios de Scarpa y Arteche. Y todo matizado con visitas a pediatras, matronas y jueces de policía local que multaban, por decir lo menos, mis enfrentamientos y colisiones con otros vehículos. Mis libros de aquellos años, según los críticos, contenían un simbolismo abigarrado, y según lo que yo pensaba de ellos, una sufrida (en el estricto sentido de la palabra) realidad. En aquellos textos de mis siguientes libros (*Después de tanto mar*, *Raudal*, *Ramas sin fondo*), hay, creo, una estructura interna que sería un "yo" apenas perceptible entre la vorágine de las circunstancias. En estas obras la unidad surge de una rigurosa métrica, de ciertas abarrotadas andaderas, de las que poco a poco fui desprendiéndome. Nuestra estada en España (vivimos allí seis años) favoreció este proceso andariego. La conversación de los españoles era holgada y adornada, no necesariamente significativa ni profunda. En esos años madrileños almacené, avaramente, sustantivos y adjetivos coloquiales para los poemas que aparecerían en los libros escritos luego del regreso a Chile.

El diario vivir, que sólo termina con el diario morir (que ya no es diario), desalojó de mi mente las disquisiciones metafísicas y me hermanó con mis prójimos. A España debo en gran parte mis libros *Elegía jubilosa*, *Bajo la piel del aire* y *Otro cantar*, a los que definiría como poemas de refugio personal.

Creo que todo lo que he escrito ha sido por urgencia imperiosa y por instinto de conservación. He escrito para no trastornarme con el vivir de los días. Las metáforas y los símbolos, en aquellas éstos y éstos en aquéllas, no siempre comprensibles para los lectores o auditores, fueron mis boxeadores guantes para defenderme sin herir. Me ha sido imposible abordar, de manera natural, el mundo que me circunda, tal vez por ese exceso de diferencias humanas que lo constituye. Estas embestidoras diferencias creo que han forzado a los poetas a actuar en defensa propia. Cuando Valéry afirma que poesía es la construcción de otra lengua dentro del lenguaje común, pienso que no se refiere a lo estrictamente lingüístico sino a lo psicológico.

Pienso que se refiere a la creación de mundos propios, exclusivos, donde nos sea permitido ser y sentir como realmente somos, sin imperativos sociales ni axiología ajenas a la propia conciencia. A veces estas ficciones, que amparan a su autor, han acogido también bajo su alero a prójimos lectores sin que los poetas lo sepamos, sin que en nuestro desvalimiento lo pretendiéramos. Cuando eso ocurre una siente la aprobación de Dios manifestada en la gratitud de esas criaturas. Y una da por bien venidos todos los desencuentros y las descalificaciones humanas, si éstas originaron

el poema que a una persona (a algunas personas), entre miles, acompañó en su más desconocida soledad.

Si la poesía fuera "una imitación de la realidad sensible", como afirma Aristóteles del arte, yo no escribiría poesía. Para no confirmar las insatisfactorias realidades. Muchos, aunque espero que cada día menos, creen que la poesía (el escribirla y el leerla) significa una pérdida de tiempo y son precisamente los que suelen hablar de "matar el tiempo", porque viven aburridos y lo más probable es que mueran aburridos. Dicen de otra manera: un malgasto de energías. Hay tanta urgencia que reclama nuestra atención, agregan. Para otros, la poesía no vale por no ser comercial. Ciertas definiciones de poesía se refieren a ella como a un resultado estético que deleita a terceros, y no se refieren a ella como un fenómeno decisivo para el poeta, si éste en verdad lo es. ¡Ay de la estética y de los estetas! No entrarán en el reino de la poesía. O si entran, lo harán a oscuras y tanteando muros desconocidos.

El poeta no sólo escribe en poesía sino que en ella vive y de ella se abastece. Cuando la escribe, en el poema queda la impronta de todo lo que es él; y cuando no la escribe la relaciona y ordena con las realidades comunes para crear así sus propios materiales verbales de los cuales dependerá esencialmente. A esta urgencia de buscar para construir lo suyo debe el poeta su aspecto distraído y a veces soberbio. O su torpeza para desenvolverse en grupos humanos con cierta soltura. No intenta imitar la realidad, intenta sobrepasarla. Y es como un misionero: está expuesto continuamente a ser inmolado en la incomprensión o en el ridículo, a precio de ser fiel a su identidad y cumplir con su intransferible tarea. Y no hago la apología de un romanticismo nocturno o trasnochado.

Con la poesía (y cuando ella supone de simbologías y sublimaciones) yo busco crear mi *sobremundo*. Crear otra *realidad* que se sitúe de manera intermedia entre la realidad sensible y la que aún no es perceptible para mí, mientras vivo en el tiempo. Quiero que ese *sobremundo* sea como una antesala de la experiencia mística a la cual no me allegué en esta vida. Para lograrlo abstraigo de los objetos lo que en ellos intuyo de permanente. Saco esos objetos y esas cualidades de su tiempo y espacio y los coloco en un plano aún imaginario pero en el cual no rigen ya las arbitrariedades humanas, ni las cotas históricas y geográficas. Allí los dejo, y se armonizan espontáneamente, según sus afinidades o complementaciones. Así, poco a poco, brota ese *sobremundo* que necesito para acercarme a lo que no tiene tiempo ni espacio, a lo que no termina ni decepciona. Entre los procedimientos para construir ese mi *sobremundo* abundan las analogías y los contrastes de tipo visual. El sentido de la vista, por asociaciones de colores y formas, es el que mejor suscita en mí las abstracciones con que elaboro esa irrealidad que construiré con las realidades vigentes pasadas por el tamiz. La audición, en cambio, debe estar en blanco. Todo sonido me estorba. El de una música, el ruido del mar, el tictac del reloj, las páginas que alguien a

mi lado lee y da vuelta. Sólo he de oír la sordina nasal con que marco el ritmo y los acentos.

Así, por ejemplo, surgió el poema *El perro yacente*, enteramente apoyado en la anatomía canina. A partir del lomo, del rabo, de la lengua, de las patas, de los mostachos, etc., de un perro que sestea, aludo a lengua, lomos, pies, etc., de personajes históricos que no fueron contemporáneos entre sí, ni míos ni del perro, pero cuya fusión me parece positiva para conseguir un equilibrio entre las características humanas que en vida de sus dueños, individualmente aparecen descompensados. Así por asociación de contrastes, ensamblan un muy depravado emperador de Roma con un humanísimo general alemán, traicionado por Hitler. Lo cual va precedido por una alusión al amputado brazo de Nelson y al destierro isleño del invasor de Europa de más baja talla física. Y continúa con una referencia a la estatua parisiense donde soldados enemigos (pasada la primera guerra mundial) transportan conmovidos el cuerpo de un heroico mariscal francés, modestamente caído en territorio alemán.

Sólo el perro yacente conserva su estatura uniformado en fiera dormida. La pata de Nelson rasca suave la isla Santa Elena. La baba de Calígula asoma plácida en las comisuras de Rommel. La espalda del mariscal Foch avanza lenta sobre los hombros de los Inválidos. Y la historia no registra aquellas póstumas reconciliaciones. Ni cuenta cómo se jibariza la vida.

Sólo el perro mantiene su platónico esqueleto. Se incorpora con la confianza incauta de los pacifistas. Gandhi tiene un tiritón en el lomo. Buda una ruleta sin cifras en el vientre. La radio toca el concierto para las teclas negras. El velludo mármol de Lincoln reconoce la tos de Chopin y el ocaso anaranjado de Mallorca. Y la Historia no alude a esos compromisos, entre estatuas que no se conocieron ni se defraudaron. Y que transmitieron su misión fraternal por medio de moscas que intercambian encargos entre los cadáveres y los vasos de leche. La cola de la báltica sirena intenta espantar las focas que aún desean la espuma de Ulises. Los mostachos de la Mezquita Azul relumbran impalpables como la cítara de David, antes que él naciera. Y la Historia no explica que hay héroes a medio evolucionar y que ya provocan ternuras teológicas. Que aprender a ladrar *Aleluya* con las olas.

Este es *El perro yacente* incorporado a mi sobremundo.

¿Logré esa armonía interpersonal que pretendí en este poema? Pienso que aún resulta caótica y relativa. Pero tal vez de esto se trata. Después de todo no soy sino poetisa-criatura y no dispongo de elementos sobrenaturales que me ayuden a unir lo que el hombre ha desunido: eso que volveremos a ver unido cuando no estemos aquí. Pero ustedes convendrán en que la baba de Calígula algo se suaviza y depura en las comisuras de la boca del noble y desventurado Rommel.

Confesaré que esa compensación en el tiempo y el espacio, no es original mía. No me gusta borrar las huellas por las que pasé o a través de las cuales me ayudaron a pasar. Yo apliqué a mis poemas la interpretación que hace el teólogo Garrigou-Lagrange, de los imperfectos bienaventurados; que se asocian en pro de una alabanza plena de lo Absoluto. Con todo, antes de

encima de la aurora". Escribía en aquel tiempo —1968— mucho, y decía poco, muy poco. Consciente de esto, recurrí a Rilke. Abrí al azar las *Elegías duinesas*, el *Libro de horas* y los *Sonetos de Orfeo*. Y entonces, como de una caja de sorpresas, saltó un poema que —más o menos— decía: "Debajo de la noche el demonio despierta". Escribí lo contrario: "Por encima de la aurora, Dios dormido"; y apoyada en este primer verso, completé un satisfactorio poema. Tiempo después, intenté varias veces releer esa inspiradora estrofa rilkeana. No la hallé en ninguna obra suya. Nadie la reconoce. Lo cual me hizo, y me hace, suponer, que si estaba Dios, tan dormido, el demonio, en cambio, se hallaba despiertísimo. ¿Podría Yolando de Pino y Saavedra ayudarme a descubrir ese verso perdido, ya que él fue el primero que tradujo en Chile a Rilke? Dejo en sus manos este extraño caso, que es de tanta urgencia como un exorcismo.

Yo sé que cada poeta se enfrenta a distintos peligros cuando se sienta para volar y escribir, pero no creo que esos peligros tengan que ver con las jaquecas o "migrañas", que parece suena mejor esta palabra. Busqué en no sé qué bolsillo de no sé qué traje en no sé qué lugar, una aspirina. Pero no apareció la aspirina. Lo que allí apareció era una redonda pastilla de menta cubierta de una suave pelusilla. Recuerdo que era plenilunio. Y por analogías de circunferencias blancas (como podría confirmar Baudelaire) recordé también que ese día no había comunión. Era Viernes Santo. Y como era Viernes Santo recordé (y perdonen ustedes la repetición del verso, pues *re-cor-dar* es traer a la memoria una cosa pero con el corazón) vino a mi memoria el rostro lustroso y moreno de Luther King, asesinado y honrosamente asesinado, como Lincoln, en fecha similar: en el aniversario de la Crucifixión. Luego, la mente me evocó los somníferos con que se suicidó Marilyn Monroe, las córneas ciegas de Milton, las rótulas atrofiadas de Toulouse-Lautrec, las sienas baleadas de Van Gogh, el escandaloso asunto del collar de perlas de la decapitada María Antonieta, la anatomía ambisexual de Wilde. Y, en fin, siendo Viernes Santo, las monedas de la traición. Todos ellos hilvanados por una involuntaria participación en los méritos salvadores de Nuestro Señor. En 1979, durante su discurso pronunciado ante las Naciones Unidas, en Nueva York, Juan Pablo II se refiere a la poesía como a ese "elemento pacificador por excelencia". La poesía, según él, es una posesión humana que en la medida en que más se posea más se comparte con otros y en mayor intensidad. Es justamente lo contrario de lo que ocurre con los bienes materiales, cuya posesión personal implica un proporcional despojamiento de los bienes de otros prójimos. Y cita, el Papa, como ejemplo, el *Himno al sol*, del Poverello de Asís, y el *Himno a los peces* de Antonio de Padua. En el primer caso, la criatura Sol es como el símbolo del Dios creador (hace germinar la vida y regula las estaciones), permite que los lectores del Poverello disfruten mejor del Sol, y no sólo físicamente, sino estética, científica y teológicamente. En el *Himno a los peces*, los lectores apreciarán esas misteriosas arbitrariedades de la Divinidad. El

poeta y santo de Padua expresa con sabia ingenuidad: "Pececillos del mar, sois los predilectos de la Creación. Todas las criaturas fueron arrasadas por el diluvio, y sólo vosotros prosperábais en gozo; en la medida en que sobreabundaba vuestro elemento".

A los 53 años, poco camino me queda por andar. Y con mayor razón poco camino en poesía. Que es el arte de los "amados de los dioses", los cuales, como poetas, mueren prematuramente. Si saco bien las cuentas, con lo que llevo vivido alcanzaría, en el orden de los años, para dos Rimbaud, y para un Byron y medio o un Bécquer y medio, y justo alcanzo para unas cuatro Ana Frank.

Ustedes, señores profesores y académicos, en lugar de enseñarme el personal lenguaje poético para un egoísta diálogo feliz, me enseñaron la poesía como "soledad sonora". Esto me obligó a dirigirme y refugiarme en la Palabra (así, con mayúscula) valiéndome de mi palabra con minúscula. Ahora, ustedes me reciben en la Academia Chilena de la Lengua, como si aprobaran una trayectoria que Dios trazó y que ustedes apoyaron con abnegación. Gracias, y no digo gracias infinitas, porque ésas las ofrece sólo Dios. Yo, para devolverles la mano, quisiera precederlos cronológicamente en el camino final. Salir un día a recibirlos, no por mis méritos (sino por los méritos de aquel que todo lo abre), en aquella puerta en apariencia más angosta que las puertas de las universidades, bibliotecas e institutos.

Por esta puerta de servicio,
arrastrándose sobre las negras baldosas
llegó a dormirse Luther King, anteayer:
Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,
con el pecho traspasado por una pastilla de menta.

Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn.
Y las que los turistas dan a las palomas
que se hundirán con Venecia.

Mentas heladas los ojos del Paraíso perdido,
las rodillas enanas del pintor de cancanes
y las sienes suicidas que pintaron girasoles.

Un collar de mentas partió en dos
a una austríaca-francesa
y de una menta hermofrodita nacieron gemelos
el príncipe de Dublín y su africana golondrina.

Con treinta mentas heladas
compramos la Salvación; durante otro Imperio.

Y a veces se nubla en el cielo
la Pastilla de Menta.